



Juan A. Ortega y Medina

“El *Ensayo* cubano de Alejandro de Humboldt desde la perspectiva historiográfica mexicana”

p. 301-322

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 4. Humboldt

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

344 p.

Mapa

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6960-8 (volumen 4)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/644/humboldt.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



El *Ensayo* cubano de Alejandro de Humboldt desde la perspectiva historiográfica mexicana

301

Introducción

Hay dos maneras de leer o releer la ingente obra de Alejandro de Humboldt sobre Iberoamérica. La primera, la más habitual y regional hasta ahora, la hacemos y la continuamos haciendo con un carácter estrictamente nacionalista. Si mexicanos, nos hemos limitado a editar, anotar y comentar el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*; si cubanos, a realizar lo propio con el *Ensayo político sobre la isla de Cuba*; si sudamericanos, con diferencias nacionales, nos hemos abocado en cada caso al *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo*, a las *Vistas de las cordilleras* o a los *Cuadros de la naturaleza*, y si españoles tememos que repetir lo que nuestro historiador Carlos Pereyra escribió por los años veinte: “en la América española se lee menos la obra de Humboldt que en Europa. Y en España ¿quién lee en España al docto viajero?”¹ La segunda manera consiste en realizar una lectura totalizadora de

¹ Carlos Pereyra, *Humboldt en América*, Madrid, Editorial América, s. f., p. 88.

los libros humboldtianos sobre el mundo hispanoamericano, puesto que la concepción del sabio geógrafo fue global durante sus exploraciones americanas. Viaje único, como comenta Adolfo Meyer-Abich, “por su finalidad, su realización y sus resultados”; porque “antes de Humboldt no se había intentado nunca un viaje de investigación con una finalidad filosófica universal”;² holista, podemos añadir siguiendo a Schelling, puesto que Humboldt estaba de acuerdo en que un mismo principio regía a la naturaleza orgánica y a la inorgánica: concordancia entre lo natural y lo social; entre la historia natural y la moral, como diría en el siglo XVI el padre José Acosta, tan admirado por Humboldt.

Pese a lo expresado fijaremos nuestra atención sobre el *Ensayo* cubano, aunque ampliaremos nuestras reflexiones con ideas y hasta tópicos que nos permitirán mantener la unidad compacta del relato, con vista al conocimiento mutuo y al fortalecimiento de los vínculos históricos, políticos y científicos que constituyen el patrimonio común de todos los latinoamericanos.

Despejando mitos y consejas

El criollo don Manuel Nicolás Corpancho, que fue representante en México de la república del Perú, en su discurso de ingreso a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1863) calificó a Humboldt como el “descubridor científico del Nuevo Mundo”;³ el gran Bolívar, el Libertador por antonomasia, expresó que el sabio alemán “había hecho más por América que todos los conquistadores juntos”;⁴ el joven estudioso popayanés, Francisco José de Caldas, que conoció personalmente a Humboldt, manifestó que éste era como “una luz que pasa a nuestro lado y que, como el relámpago, nos ilumina por un instante, para luego dejarnos sumidos en una obscuridad profunda”;⁵ en una medalla conmemorativa se grabó que Humboldt era “el sabio más grande del siglo [...]. Fundador de la física general del globo terráqueo [...]. El nuevo Aristóteles”;⁶ el benemérito cubano don José de la Luz y Caballero lo llamó

2 Adolf Meyer-Abich *et al.*, *Alejandro de Humboldt: 1769-1969*, Bad Godeaberg, Inter Naciones, 1969, p. 76.

3 Nicolás Corpancho, “Discurso en honor de Cristóbal Colón”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1863, p. 50.

4 Citado por Adolf Meyer-Abich, *op. cit.*, p. 141.

5 *Ibid.*, p. 121.

6 *Ibid.*, p. 111.

“segundo descubridor de Cuba”,⁷ y el ya citado Corpancho lo sahumó de “nuevo o segundo Colón”.⁸ Incluso se le adjetivó como Homero de los Andes y hasta de fray Luis de León de las ciencias naturales.⁹ Para don Fernando Ortiz el arribo del sapiente viajero a la isla de Cuba “a[brió] el Siglo de Oro” de la nación cubana, “llegando a La Habana en su alborada”.¹⁰ Según nuestro historiador don Arturo Arnáiz y Freg, el *Ensayo* novohispano fue para los mexicanos “como el acta de nacimiento de la nueva nación y surgió del encuentro venturoso de Humboldt y México”.¹¹ En ambos casos, los dos ensayos acrecentaron sin duda la identidad de cubanos y mexicanos, respectivamente, del mismo modo que las otras obras avivaron la conciencia nacionalista de venezolanos, colombianos, ecuatorianos y peruanos.

Empero de estos hechos no puede ni debe inferirse, como señala el polígrafo cubano, que los escritos de Humboldt influyesen decisivamente sobre los movimientos insurgentes.¹² Como sostiene fundamentalmente Charles Minguet, “Humboldt, crítico del sistema en vigor en América, comprueba una situación de hecho a la cual es preciso remediar urgentemente, pero él no hace una apelación a las armas y aún menos considera como recurso la secesión para resolver los problemas”.¹³ De la misma opinión es Hans Schneider, y por nuestra parte añadiremos que las consideraciones críticas humboldtianas de ningún modo expresan el deseo de ver a la América hispana emprender el camino de la independencia, aunque tales consideraciones examinan esta posibilidad.

Otras brumas que hay que despejar son las que envuelven los supuestos tres siglos de misterio, oscuridad y atraso del mundo hispanoamericano. Se suponía que la presencia de Humboldt en nuestra América develó el secreto

7 Citado por Fernando Ortiz, “Introducción bibliográfica”, a su edición del *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, de Alejandro de Humboldt, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 50, 1960, p. 7.

8 Nicolás Corpancho, *op. cit.*, p. 58.

9 Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 70.

10 *Ibid.*, p. 21.

11 Citado por Juan A. Ortega y Medina, “Estudio preliminar” al *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, de Alejandro de Humboldt, México, Porrúa (“Sepan cuantos...”, 39), 1966, p. XLIII [p. 266 del presente volumen].

12 Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 87.

13 Charles Minguet, *Alejandro de Humboldt historiador y geógrafo de la América española: 1799-1804*, vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 226.

y aportó la luz del progreso científico. Don Ignacio Ramírez, “el Nigromante”, postulaba la regeneración de nuestro país mediante lo que él llamó la humboldtización de México,¹⁴ es decir, el cultivo y desarrollo de la ciencia y del arte. Esta y otras muchas opiniones del mismo tenor tienen bien poco de verdad histórica, aunque sí mucho de verdad política, dogmática.

Modelo de geografía regional moderna

El *Ensayo político sobre la isla de Cuba* sigue muy de cerca la estructura del *Ensayo sobre la Nueva España*, trabajo este último que antecedió (1811) al cubano. El geógrafo estadounidense Reyfred Lionel Stevens-Middleton estima que Humboldt fue el creador de la geografía regional moderna cuando escribió su *Ensayo novohispano*;¹⁵ pero como el *Ensayo* cubano, según hemos señalado, sigue el mismo método de desarrollo –confesado además por el autor–, podemos considerar que tanto uno como otro se destacan por su organización y exactitud. La diferencia entre ambos estriba fundamentalmente en la mayor amplitud de los temas geográficos en la obra mexicana. La razón de ello es bien sencilla, Humboldt residió en la Nueva España cosa de un año, encontró una mayor extensión, densidad y profundidad culturales que en Cuba; más copiosa documentación, fuentes y materiales informativos y además pudo viajar por el interior del territorio, lo cual no logró realizar en Cuba donde su estadía fue mucho más breve: unos cuatro meses en sus dos visitas. Son ambos ensayos políticos las únicas obras de Humboldt que estudian íntegramente dos grandes regiones geográficas; dos prototipos modernos de geografía cuyo método inició, según hemos apuntado, el sabio prusiano. Se ha llegado a la conclusión de que en los estudios de Humboldt sobre Cuba y Nueva España la geografía alcanzó por primera vez estatura científica, y esta calificación justísima se explica porque las dos obras constituyen las primeras manifestaciones de geografía científica, política y económica fundada en la naturaleza de la tierra, y además, como sostiene Minguet, ejemplos concretos de estudios demográficos y sociológicos.¹⁶ Lo que comenzó a llamarse “geografía humana” o antropología tuvo pues su inicio en los dos modelos geográficos regionales

14 Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 78 y ss. [p. 270 del presente volumen].

15 Véase R. L. Stevens-Middleton, *La obra de Alexander von Humboldt en México*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1956, p. 253.

16 Charles Minguet, *op. cit.*, v. II, p. 199 y ss.

ya indicados. La finalidad en los ensayos es asimismo pragmática, en el sentido de que el autor se afanó en investigar la causalidad y en establecer principios o leyes sobre la interrelación de los fenómenos geográficos, así como para otros fines epistemológicos. Quería también Humboldt influir utilitariamente, a través de sus obras americanistas, ante las autoridades españolas a fin de que el espíritu renovador de la ilustración hispánica se proyectase en reformas y mejoras de todo tipo, que impidiesen la polarización absoluta de los grupos antagónicos formados por españoles peninsulares y españoles americanos, los cuales ponían en peligro con sus rivalidades la unidad imperial.

Conviene presentar un cuadro comparativo del desarrollo y contenido de ambos ensayos con objeto de que el lector observe los planes similares de las dos obras y las diferencias cuantitativas que las distinguen, lo cual se explica, como ya dijimos, por el mayor volumen de información y de trabajo de investigación propia llevada a cabo por el autor (véase cuadro en la siguiente página).

También se debe aclarar que cada uno de los libros de Humboldt incluye toda una serie de subdivisiones capitulares y que los temarios varían según las condiciones del caso.¹⁷

Humboldt llega a La Habana y se siente alegre cuando penetra al puerto por el pintoresco canal de entrada entre el Castillo del Morro y el Fortín de San Salvador de la Punta. En el momento del arribo la economía comercial de la isla comenzaba a desarrollarse ampliamente con carácter mercantilista. A pesar de ser el puerto y ciudad principal de la América hispana septentrional, La Habana ofrecía el mayor descuido y suciedad por falta de una adecuada policía urbana. El olor del tasajo, alimento principal de los negros esclavos, libertos mulatos y clase blanca pobre, apestaba las muy concurridas y tortuosas calles y casas. Tenía sin embargo la ciudad bellos paseos, una hermosa catedral barroca y algunos edificios públicos notables. Como Humboldt nunca entendió el arte barroco, clasificó al hispánico como gótico, como lo hizo en México con los templos y casonas coloniales.

La ciudad, de unas 44 000 almas, se amontonaba en un recinto muy reducido en donde convivían blancos y pardos. Los dos grandes arrabales, el de la Salud y el de Jesús María, sumaban unas veintitantas mil almas más, y en 1810, de acuerdo con el padrón oficial, esta población alcanzaba 40 024

17 R. L. Stevens-Middleton, *op. cit.*, p. 235.

Cuadro comparativo del desarrollo y contenido de ambos ensayos

Ensayo novohispano

Libro primero. Consideraciones generales acerca de la extensión y aspecto físico del reino de la Nueva España. Influencia de las desigualdades del suelo en el clima, la agricultura, el comercio y la defensa militar.

Libro segundo. Población general de la Nueva España. División de los habitantes en castas.

Libro tercero. Estadística particular de las intendencias que componen el reino de la Nueva España. Su extensión territorial y su población.

Libro cuarto. Estado de la agricultura de la Nueva España. Minas metálicas.

Libro quinto. Estado de las manufacturas y comercio de la Nueva España.

Libro sexto. Renta del Estado. Defensa militar.

Ensayo cubano

Capítulo primero. Consideraciones generales acerca de la posición y del aspecto físico de la isla de Cuba. Observaciones astronómicas.

Capítulo segundo. Extensión. Clima. Estado de las costas. División territorial.

Capítulo tercero. Población.

Capítulo cuarto. Agricultura.

Capítulo quinto. Comercio.

Capítulo sexto. Hacienda.

Capítulo séptimo. De la esclavitud.

Capítulo octavo. Viajes al Valle de Güines, al Batabanó, al puerto de la Trinidad y a los jardines y jardincillos del rey y de la reina.

almas, lo que expresa muy claramente el vertiginoso crecimiento en un quinquenio. La observación de Humboldt al comparar el crecimiento de la ciudad habanera con el de Nueva York y Lyon en veinte años (de 1791 a 1810), es que la población de La Habana se había duplicado más en esas dos décadas, y se congratula y considera una felicidad el que la América no tuviese aún sino seis ciudades de unos 100 000 habitantes: México, Nueva York, Filadelfia, La Habana, Río de Janeiro y Bahía.

En la capital de Cuba se alojó en unión de Bonpland y de Carlos Montúfar en la casa del rico comerciante Cuesta, donde encontró junto con la del señor Santamaría y la del conde O'Reilly “una hospitalidad más noble y generosa”.¹⁸ Las colecciones e instrumentos científicos los depositó en la casa del conde, desde cuyas azoteas pudo realizar observaciones astronómicas y rectificar o ratificar las mediciones hechas por científicos anteriores. Empero no hay que alarmarse mucho por estos errores en cuanto a la longitud de La Habana, pues el mismo sabio, curándose en salud, certifica que hay que reflexionar sobre el hecho de que “pocos años ha no se sabía con certeza la longitud de Amsterdam, y no con tres o cuatro minutos de duda, sino con un tercio de grado”.¹⁹

En La Habana, así como en otras ciudades importantes de Hispanoamérica, Humboldt fue acogido por la aristocracia criolla y las autoridades isleñas. Por lo que se refiere a Cuba mantuvo amistad con los condes de Jaruco y Mompo, Peñalver y Bayona; con los marqueses del Real Socorro y el de Someruelos, que era capitán general de la isla, Luis de Las Casas. Cultivó estrecha amistad con el intendente José Pablo Valiente, con su sucesor José Ilincheta y con el benemérito secretario del Real Consulado de La Habana, Antonio Valle Hernández. Humboldt era un hombre educado y a la vez lisonjero; pero su preferencia se inclinaba por el grupo burgués de la isla encabezado por los ya citados ricos comerciantes Cuesta y Santamaría. Estimaba sobre todo a los hombres estudiosos y sabios como Francisco Arango, Tomás Romay, los botánicos La Ossa y Romero, el astrónomo Antonio Robredo, el señor Ferrer, meteorologista y climatólogo, los marinos españoles Alcalá Galiano y Montes, el señor Andrés Jáuregui, el presbítero Félix Veranes y don Juan Terry y Lacy.

18 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, p. 112.

19 R. L. Stevens-Middleton, *op. cit.*, p. 42.

Realizó excursiones por Guanabacoa, Regla, San Antonio de las Vegas, Bejucal y el Valle de Güines; se aloja en las casas de campo de sus aristócratas conocidos y visita los ingenios La Ninfa, Río Blanco, Managua, Almirante y La Honda, donde obtuvo mucha información sobre la producción e industrialización de la caña de azúcar; sobre la mano de obra negra, esclava y libre. Aunque convivió con la clase aristocrática por doquiera se movió en el ámbito hispanoamericano, de hecho (apariencias a un lado) en su fuero interno no simpatizó con ella y aunque encontró familias de alcurnia, caballeros dignos, generosos y paternalistas para con sus esclavos, siervos y criados, su liberalismo político-económico le movió a denunciar los males producidos por aquella sociedad para él decadente, que aún no había aceptado de plano, como la alemana y especialmente la inglesa, la dirección y presencia económico-política de la clase burguesa. El espectáculo de una sociedad misoneísta todavía mediatizada por la Iglesia y semiparalizada por la acción despótica y monopolizadora del Estado le produjo amargas reflexiones críticas.

El capítulo segundo corresponde a la descripción física de la isla de Cuba y a la rectificación por parte del autor de algunos puntos y aspectos geográficos errados y rectificadas, como él aclara, por la publicación de los trabajos del capitán de fragata José del Río, editados por el Depósito Hidrográfico de Madrid. Comenta y localiza los placeres y minas auríferas, los brotes de petróleo y asfalto, y presta atención a la agricultura cubana en los fértiles terrenos de Matanzas, Mariel, Jagua, Trinidad y el Valle de Güines, que debía su fertilidad a los canales de riego. Como la obsesión de encontrar oro fue general en toda la Hispanoamérica colonial, también la fiebre áurea afectó a los cubanos. El capitán general de la isla, a través de la Sociedad Económica de Amigos del País, solicitó de Humboldt el reconocimiento de los cerros mineralógicos de Guanabacoa, exploración que llevó a cabo éste y de la que resultó un minucioso informe de las capas geológicas del lugar, con lo que se perdió la esperanza cubana de poseer un rico filón aurífero.

De los ríos cubanos nos dice que son pocos y no muy caudalosos, salvo unos cuantos. Estudia con cuidado todo lo publicado en La Habana, así como muchas notas manuscritas que le cedieron los estudiosos sobre el clima en general y en particular el de la región habanera, lo que unido a la dificultad para el arribo a los puertos y surgideros cubanos que Humboldt localiza y subraya, proporcionaba a todos los navegantes datos precisos para evitar naufragios en los arrecifes, cayos y bajos de todo el litoral isleño. De aquí también la ne-

cesidad de establecer tablas sobre los vientos dominantes y la aparición en determinados meses de vientos recios y huracanados, con los datos barométricos imprescindibles que le suministró por escrito el capitán Tomás de Ugarte, amén de otros informes que le obsequiaron excelentes observadores como Robredo y Ferrer.

Prosigue Humboldt su explicación sobre las súbitas bajas de temperatura durante los meses invernales y las atribuye a la corriente marítima del Golfo, a los numerosos bajos que rodean la isla de Cuba, los cuales provocaban que “el calor disminuyese por las moléculas de agua localmente enfriadas que iban al fondo, ya por las corrientes polares [...] ya por la mezcla de las aguas del fondo y de la superficie”.²⁰ Todos estos datos científicos resultaban por supuesto utilísimos; pero también podían servir, una vez publicados, a la estrategia de cualquier nación ansiosa de debelar la isla.

Por último lleva a cabo una atinada advertencia sobre el hecho de que las divisiones de la isla en el aspecto de las rentas, de lo político militar y de lo eclesiástico, sin contar los de la jerarquía judicial, producían confusiones puesto que no coincidían territorialmente. Termina su segundo capítulo refiriéndose a los aciertos y errores de su mapa de Cuba y nos presenta la ya indicada tabla donde cada puerto y surgidero cubanos aparecen con los datos más exactos sobre su latitud y longitud.

Tras examinar la extensión, el clima y la constitución geológica de Cuba hace una premonición en verdad extraordinaria, fundado en la naturaleza física de la isla y en la privilegiada situación de la misma, en lo que él llama el Mediterráneo americano. Se trata de la posibilidad de incrementar notablemente la población isleña gracias a la fecundidad agrícola, a su futuro comercio e industria, y merced sobre todo a su mayoría de hombres libres, mayoría que se irá acrecentando conforme vaya progresando la isla. Así lo espera y exterioriza al referirse a la futura nación cubana: “para poder apreciar debidamente el peso que bajo la influencia de una naturaleza tan poderosa, la más rica de las Antillas, podrá poner algún día en la balanza política de la América insular”.²¹ El augurio humboldtiano no procede de una inspiración mágica, irracional, sino que es resultado de un examen científico de todos los elementos que podían conjugarse y favorecer el desarrollo y preponderancia cubanos

20 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, p. 150.

21 *Idem*.

en el futuro. En cierta medida la Cuba actual ha rebasado con creces el vaticinio del sabio barón, puesto que el peso político de ella no sólo se siente en todas las islas caribeñas, sino incluso en la mayor parte, si no es que en todas, de las naciones latinoamericanas.

Para ilustrar su predicción nos presenta Humboldt los censos de población, en donde está asentado que desde 1775 a 1825 el incremento constante de población libre en Cuba constituía la prueba de los adelantos económicos en la industria, en el comercio, en la agricultura y en la exportación. En 1775 la población cubana (blancos, negros libres y negros esclavos) alcanzaba un total de 170 862 habitantes; en 1791 totalizaba 272 140 y en 1817 sumaba 630 980, distribuidos de esta manera: 290 021 blancos, 115 691 libres de color y 225 268 esclavos. Para 1825 el cálculo probable arrojaría las siguientes cifras: 325 000 blancos, 130 000 libres de color. Sumando a estas cantidades la población negra esclava de 260 000 almas, se alcanza un total de 715 000 habitantes.

Es decir, Cuba podía así librarse mejor que las demás Antillas del naufragio común (una “Confederación Americana de los Estados Negros Libres de las Antillas”) tras realizar –como ocurrió en Haití–, después de la sublevación de los negros, la matanza de los blancos dominadores, porque la proporción de manumitidos estaba en aumento creciente, mientras que la de los esclavos decrecía, y sólo la infame y fraudulenta trata podía hacer crecer, cosa que no ocurrió en la isla cubana a pesar del tráfico del llamado comercio de ébano. Si este tráfico cesase enteramente, los esclavos pasarían poco a poco a la condición de hombres libres, dado que en el mundo hispánico las relaciones humanas entre blancos y negros fueron siempre más humanitarias, familiares y comprensivas que en los otros países poseedores de un código negro severísimo que prohibía la miscegenación y ponía trabas poderosas, casi insalvables, a la manumisión. Humboldt no teme a la supresión de la esclavitud en la isla de Cuba que los esclavistas propagandeaban como peligrosa para el desarrollo, pues él estima que una población agrícola libre e inteligente sucederá progresivamente a la población esclava, sin previsión ni industria.

Los capitales que el comercio de La Habana ha puesto en manos de los cultivadores, de quince años a esta parte, han principiado ya a cambiar el semblante del país, y esta fuerza eficaz, cuya acción va siempre en aumento, se unirá necesariamente a otra que es inseparable de los progre-

son de la industria y de la riqueza nacional, al desarrollo de los conocimientos humanos. De estos dos grandes móviles reunidos depende la suerte futura de la metrópoli de las Antillas.²²

Dada la situación actual de la Cuba revolucionaria se puede afirmar, sin temor a equivocarnos, que la intuición de Humboldt no falló.

El capítulo cuarto (agricultura) junto con el quinto (comercio) son modelos para su tiempo de una síntesis de historia económica referente a la producción agrícola y al sistema comercial de la isla de Cuba. No debe extrañarnos este interés del barón por la historia económica, puesto que él mismo declara que “como historiador de la América, [ha] querido aclarar los hechos y dar idea exacta, con auxilio de comparaciones y de tablas estadísticas”;²³ es decir que intenta desentrañar la realidad material que sustenta a la historia. Esta investigación de los hechos mediante el fundamento material (estadístico) causal de los mismos y su explicitación técnica eran en cierta manera originales, un tanto novedosas y marcaban un nuevo derrotero a la investigación histórica. Con gran cautela aconseja también nuestro autor que no debe desconfiarse de los cálculos que realiza el historiador de la economía política; empero que para aceptar las conclusiones de los elementos numéricos empleados deben examinarse y fijar con cuidado los límites de los errores.²⁴

Comienza Humboldt por presentar brevemente el desarrollo agrícola de la isla a la llegada de los conquistadores españoles, quienes introdujeron y cultivaron con éxito todas las plantas que en Europa servían de alimento. A la par de esto introducían la ganadería que se propagó de tal manera en las sabanas (ganado vacuno mostrenco) que la principal exportación cubana durante los siglos XVI y XVII fue de cueros curtidos y sin curtir. De la isla de Santo Domingo (La Española), en donde Pedro de Atienza plantó hacia 1520 las primeras cañas de azúcar, se llevaron a Cuba donde prosperaron y mediante los llamados trapiches de agua (ruedas hidráulicas) comenzó la producción de azúcar, que sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se constituyó en el primer producto de exportación, con extensa ventaja sobre el tabaco y el café. Para 1825 la producción de dulce era de 81 millones de kilogramos de

²² *Ibid.*, p. 255.

²³ *Ibid.*, p. 282.

²⁴ *Ibid.*, p. 174.

azúcar (440 000 cajas). Humboldt compara la producción azucarera de Cuba con la de Jamaica, Barbados, Antillas Inglesas, Antillas Francesas, Archipiélagos de las Antillas, las tres Guayanas, Brasil, la América equinoccial y Luisiana y establece la relación entre lo producido y el correspondiente número de esclavos productores empleados en cada caso. El sabio comentarista cubano Francisco Arango y Parreño, que Humboldt conoció y del que éste hace más de un elogio, puesto que lo consideró como “uno de los hombres de Estado más ilustrados y más profundamente instruidos de la posición de su patria”,²⁵ en más de una ocasión se permite rectificar las cifras o las ideas del barón, ya sea por falta de información de éste o por haber recibido informes incompletos o inexactos. Estas rectificaciones fueron recogidas por Fernando Ortiz en su edición del *Ensayo* que hemos utilizado. En Cuba, según el viajero, la producción de azúcar exigiría capitales muy grandes, unos 400 000 pesos duros, para obtener anualmente 32 000 arrobas (368 000 kg) en un solo ingenio; en cambio en Bengala (India), en tierra de regadío, un acre (4 044 m²) produce 2 300 kg de azúcar en bruto, lo equivalente a 5 700 kg por hectárea.

Siendo esta fertilidad común en terrenos de grande extensión –escribe Humboldt–, no es de admirar que el azúcar esté tan barata en las Grandes Indias. El producto de una hectárea es allí doble mayor que en los mejores terrenos de las Antillas y el jornal del indio libre es casi tres veces menor que el del negro esclavo en la isla de Cuba.²⁶

Al pie de página (nota 2) refuta Arango tal afirmación porque, según él, “el cultivo en pequeño y por manos libres e interesadas, como sucede en la India, y los menos costos en la elaboración permiten la mayor baratura del azúcar en aquellas regiones”.

En Cuba, como en Alemania, Humboldt estuvo siempre atento a las innovaciones técnicas; durante su estancia en Güines y Río Blanco, en casa del conde Mompo, ensaya en el ingenio de éste muchas construcciones nuevas con el fin de disminuir el gasto de combustible y conseguir que los esclavos sufriesen menos al atizar el fuego. La preocupación por mejorar las condiciones de trabajo son en él obsesionantes y por ello se complace en confesar,

²⁵ *Ibid.*, p. 169.

²⁶ *Ibid.*, p. 221.

“para honra de los propietarios acomodados, que en un gran número de plantíos se manifestó el mayor cuidado por la salud de los esclavos enfermos, por la introducción de negras y por la educación de sus hijos”.²⁷ Y esto se llevaba a cabo sin merma en la producción y antes bien, podemos inferir, que con las mejoras en las condiciones de vida de los esclavos aconteció la multiplicación extraordinaria de los ingenios en la isla: en 1763 había 70 ingenios, para 1817 su número era de 625. También en Cuba, como ocurría en la Nueva España, los propietarios de ingenios que se descuidaban o incurrían en desarreglos domésticos provocados por el juego, el lujo y otros desórdenes, les ponía bajo la dependencia de los comerciantes, puesto que los gastos extraordinarios que requerían los grandes establecimientos exigían una cuidadosa administración y vigilancia.

Para ser distribuido y exportado el azúcar, se fabricaba en cada ingenio una enorme cantidad de cajas de madera confeccionadas por esclavos. Se exportaban 200 000 cajas y sólo se necesitaban 30 000 negros no libres para hacerlas; sin embargo, el número de esclavos en los ingenios cubanos era tres veces menor que el existente en las otras Antillas.

Con relación a la producción de café, en 1800 había en la isla 60 cafetales, 17 años después existían 779. A pesar de este constante incremento, la producción de café cedía ante la del azúcar. La cosecha de tabaco había disminuido también, y las de trigo, cera, miel e índigo no valía la pena cuantificarlas.

Hemos visto que entre las posesiones americanas de España era Cuba, de acuerdo con Humboldt, la que más había prosperado, y el puerto de La Habana, desde el trastorno de Santo Domingo (Haití, 1795), había subido a la clase de las plazas de primer orden del mundo comercial. La riqueza de la isla en este renglón se fundaba en gran parte en la “posición ventajosa del puerto de La Habana, a la entrada del Golfo de México, donde precisamente se cruzan las grandes rutas de los pueblos comerciantes de ambos mundos”.²⁸

Cuando Humboldt llegó a La Habana el tráfico comercial (exportación e importación) se hallaba en pleno auge gracias a la libertad de comercio que la Corte de Madrid había concedido. Esto permitía que La Habana trocase las producciones coloniales isleñas por productos manufacturados europeos, que en buena parte se enviaban a Veracruz, Trujillo, La Guaira y Cartagena de Indias.

²⁷ *Ibid.*, p. 224.

²⁸ *Ibid.*, p. 245.

El ya citado comentarista y apostillador del *Ensayo* cubano, Arango y Parreño, en un ejemplar de la primera traducción al español que él poseía, anota que con la independencia tales puertos se habilitaron directamente del extranjero.²⁹

Humboldt utiliza a continuación una serie de tablas y cuadros sinópticos tomados de las balanzas de comercio, publicadas por las autoridades españolas; entre las principales importaciones se encuentran los siguientes artículos: harinas, cereales, vinos, licores, tasajo, bacalao, comestibles, especies, ropas, sedas, lienzos, paños, tejidos de lana, muebles, cristales, quincallería, papel, hierro labrado, pieles sin curtir, cueros y madera labrada y sin labrar.

Los cuadros comparativos son contundentes y subrayan el creciente desarrollo y beneficios económicos de la isla de Cuba

1816	1823
Exportación: 8 363 135 pesos duros	13 329 160 pesos duros
Importación: 13 219 986 pesos duros	13 198 735 pesos duros

La población cubana, según Humboldt, vivía en el terreno más fértil del mundo para la producción de los elementos necesarios para la subsistencia humana; el clima afortunado de la región equinoccial y la orientación que podía darse a la agricultura y la industria eran de lo más favorable; mas pese a estas ventajas naturales la población cubana carecía de alimentos y los que obtenía eran gracias a la actividad azucarera y a la libertad del comercio exterior. Se vivía según esto, mediante la importación de comestibles:

Esta falta de subsistencia caracteriza una parte de las regiones tropicales, en que la imprudente actividad de los europeos ha invertido el orden de la naturaleza, la cual disminuirá a medida que, mejor instruidos los habitantes acerca de sus verdaderos intereses, y desanimados por la baratura de los géneros coloniales, variarán sus cultivos y darán un libre impulso a todos los ramos de la economía rural.³⁰

Estas afirmaciones de Humboldt se orientaban en general a recomendar a las nuevas naciones tropicales, y particularmente a Cuba, la necesidad de

²⁹ *Idem.*

³⁰ *Ibid.*, p. 254.

diversificar los cultivos para producir alimentos para el consumo interno y así abandonar el monocultivo de la caña azucarera, del café y del tabaco. El que fuera traductor al inglés del *Ensayo* sobre Cuba, el norteamericano J. S. Thrasher, al que retituló *The Island of Cuba by Alexander Humboldt. Translated from the Spanish, with Notes and a Preliminary Essay*,³¹ opuso los pretendidos principios descaradamente imperialistas de la economía política estadounidense, al sostener que

el trabajo y el capital de un país están más acertadamente empleados en la producción de aquellos artículos para los cuales su clima y suelo se adaptan mejor. De esta manera, por medio de los intercambios del libre comercio, las necesidades de la comunidad se satisfacen con menos gasto de trabajo y una gran parte de la riqueza que produce, convertida en capital, vuelve a aplicarse a la producción. Es esta combinación de agricultura y comercio lo que ha dado origen a la gran prosperidad material de Cuba.³²

Don Fernando Ortiz no pudo menos que comentar el punto de vista del norteamericano y oponerse a él:

Un siglo después de publicadas estas previsiones de Humboldt, se comprende mejor su profunda sabiduría. Los comentarios de Thrasher, atinados para un régimen universal de libre cambio, no responden a la realidad internacional cuando las fronteras políticas alteran la libre manifestación de las fuerzas económicas naturales. Humboldt vio más claro como estadista. Thrasher pensó sin duda, como siempre hizo tocante a Cuba, como anexionista.³³

La contracrítica de Ortiz resulta a pesar de todo demasiado generosa, pues para 1856 la penetración económica yanqui en la empresa azucarera era ya bastante sensible y el anexionismo disimulado del norteamericano aspiraba a hacer de Cuba en un futuro próximo el proveedor azucarero, tabacalero y cafetalero del nuevo gran imperio y a reducirla al nivel de mero proveedor

31 Publicado en Nueva York, 1856.

32 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, p. 254, n. 3.

33 *Idem*.

tropical, tal como Inglaterra, Holanda y Francia habían hecho con sus respectivas colonias.

Pero la diferencia de Cuba respecto a las colonias europeas no hispánicas, es que su población “lejos de considerarse extranjera en el suelo americano, muy por el contrario tiene el mismo cariño como si fuera su patria”,³⁴ incluso, pensaba Humboldt, los negros esclavos pasarían poco a poco a la condición de hombres libres y, por lo mismo (hay que deducirlo), se convertirían en cubanos amantes de su nueva patria, que fue lo que de cierto ocurrió. Así pues, el incremento de la población, un millón antes de 50 años, como imaginó Humboldt y se quedó corto en el cálculo, abrirá para su consumo interno un campo inmenso a la agricultura e industria cubanas; mas no por ello, prosigue el analista, “se abandonará el cultivo del azúcar, del café [y añadamos, del tabaco]; pero no quedarán como base principal de la existencia nacional, como no lo es para México el cultivo de la cochinilla, ni para Guatemala el índigo, ni para Venezuela el cacao”.³⁵

Parece ser que la revolución cubana tuvo muy en cuenta esta perspectiva económica planteada por Humboldt, y si bien en un principio el entusiasmo revolucionario desbordado pudo excederse en cuanto a la necesidad drástica del cambio, la experiencia y madurez posteriores de sus dirigentes les ha llevado, en el terreno de la producción agrícola, a seguir fomentando la producción azucarera para la exportación (adquisición de divisas), sin dejar por ello de producir lo necesario para la alimentación de la población cubana.

El desarrollo que preconiza Humboldt pondrá en crisis las viejas virtudes tradicionales; pero él es consciente de que la riqueza que vendría con los cambios produciría con el tiempo el equilibrio necesario entre lo viejo y lo nuevo, entre unas y otras clases de la sociedad. El progreso en todo el campo no debía empero medirse por el simple aumento del valor o tonelaje de las exportaciones, o por el perfeccionamiento de las artes industriales; “porque los pueblos igualmente que los individuos, no deben juzgarse por un sólo periodo de su vida, porque es preciso que lleguen al término de su destino, recorriendo antes la escala entera de una civilización acomodada a su carácter nacional y a su situación física”.³⁶

³⁴ *Ibid.*, p. 255.

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Ibid.*, p. 267.

Por lo que toca al capítulo sexto sobre la situación hacendista, muy breve por cierto, queremos sólo comentar que los gastos de guerra (marina, ejército) consumían gran parte de las rentas cubanas porque había el muy fundado temor de los españoles a una nueva invasión británica. La principal fuente de la renta pública era la aduana; pero los excesos en los gastos eran ocasionados por los 650 000 pesos duros dedicados a la marina de guerra y por el 1 500 000 gastado en el ejército.

El séptimo capítulo del *Ensayo* cubano está dedicado al estudio crítico de la esclavitud y a la condena ardorosa de la misma. Humboldt fue un liberal moderado,

como son y deberían ser –escribía Goethe– todas las gentes razonables y como yo mismo lo soy [...] el verdadero liberal busca en todos los medios a su alcance hacer tanta cosa buena como le es posible; pero se cuida de erradicar a sangre y fuego las deficiencias, muchas veces inevitables. Se esfuerza por medio de una acción inteligente por combatir las deficiencias públicas poco a poco, evitando así el destruir, debido al empleo de medidas fuertes, igual cantidad de cosas buenas existentes, hasta cuando el tiempo y las circunstancias le permitan alcanzar algo mejor.³⁷

El contenido del liberalismo humboldtiano fue una hábil conciliación del entusiasmo fisiocrático con el *laissez faire* de Adam Smith, y la teoría de éste sobre los “sentimientos morales”. Creía Humboldt en la bondad suprema acordada al orden natural como estimulante de las inclinaciones naturales del hombre; de aquí su condena de la esclavitud, porque ella violaba este orden y se oponía a que un conglomerado de hombres explotados pudiesen actuar libremente buscando su legítimo beneficio y felicidad social. Había pues que ser antiesclavista y combatir intolerablemente la intolerancia de los esclavistas. La esclavitud era inmoral, contraria a las exigencias más elementales de la justicia.³⁸ Por eso puso con toda razón el grito en el cielo cuando el infiel traductor Thrasher se atrevió a mutilar el texto del *Ensayo* sobre Cuba, suprimiendo todo el capítulo séptimo. “Precisamente –escribe el dolido autor– a esta parte de mi obra a la que atribuyo mayor importancia que a cualesquiera

37 Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 13 [p. 229 del presente volumen].

38 Charles Minguet, *op. cit.*, v. 11, cap. V, p. 170-255.

observaciones astronómicas, experimentos sobre la intensidad magnética o noticias estadísticas”.³⁹

Nuestro ardiente defensor ha “observado el estado de los negros en los países en que las leyes, la religión y los hábitos nacionales se dirigen a dulcificar su suerte, y sin embargo, ha conservado al dejar América el mismo horror a la esclavitud que tenía en Europa”.⁴⁰ Los países a que se refiere son los hispánicos; mas pese a esta ventaja iberoamericana Humboldt no se engaña, la humanidad de nuestra legislación y la dulcificación del trato no justifican la existencia y prolongación de la esclavitud: “la filantropía no consiste en dar un poco de bacalao más y algunos azotes menos; porque una verdadera mejora de la clase servil debe abrazar la posición total, moral y física del hombre”.⁴¹

Humboldt se hizo lenguas de las intenciones puras y juiciosas que don Francisco Arango y Parreño expresara respecto a la esclavitud y sus esfuerzos por dulcificarla mediante sus famosas representaciones consolantes y sus juicios humanitarios sobre la marcada diferencia del tratamiento del esclavo en el mundo hispánico y en el francés o anglosajón. Mas en el fondo, tanto éste como los demás propietarios de ingenios, incluido el propio marqués de Someruelos, estaban de acuerdo en suavizar la situación de los esclavos, pero no en suprimir la esclavitud. Como escribe el historiador francés Charles Minguet, es lamentable que Humboldt no haya insistido suficientemente sobre los conflictos suscitados por los intereses económicos, políticos y morales que enfrentaron a los criollos cubanos y españoles.⁴² A Minguet le molesta con justa razón que Humboldt haya metido en el mismo saco a dos abolicionistas, al mexicano José Miguel Alcocer y al español Agustín Arguelles, con el cubano Francisco Arango, grave error, porque el barón no supo o disimuló que Arango “se reveló como un defensor encarnizado de la esclavitud”, algo que ya había advertido y censurado José Antonio Saco en su famosa *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo*. Humboldt se equivocó al atribuir a Arango ideas antiesclavistas, porque éste, como portavoz antes bien de los intereses de los criollos cubanos, mostró una oposición sistemática a las leyes de la metrópoli.⁴³

39 Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 379 y ss.

40 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, p. 282.

41 *Ibid.*, p. 284.

42 Charles Minguet, *op. cit.*, v. II, p. 220.

43 *Ibid.*, p. 504.

Sin embargo, refiriéndose el viajero alemán a la “Representación de la Ciudad de La Habana a las Cortes del 20 de julio de 1811”, en donde Arango compara la legislación española para Cuba con la inglesa para Jamaica y se declara en favor de la primera por su mayor humanitarismo hacia los negros, expresó la siguiente crítica: “estas comparaciones demuestran en la isla de Cuba un estado de cosas infinitamente más favorable a la conservación física y a la manumisión de los negros: pero ¡qué triste espectáculo presentan unos pueblos cristianos y cultos, disputándose sobre cuál de los dos ha hecho perecer en tres siglos, menos africanos, reduciéndolos a la esclavitud!”.

Arango, aunque conmovido y comedido, no aceptó la “reconvención dulce y amistosa” del crítico y le aclaró que él “estuvo y estará siempre muy lejos de sostener, con esa comparación, tan abominable tráfico, y que sólo pretendió, como debía pretender, demostrar con ello las diferentes reglas que debían seguirse para la distinta conducta que habían tenido en este asunto las islas extranjeras, nuestras vecinas”.⁴⁴

El capítulo octavo está dedicado a narrar la salida de Humboldt por el puerto de Batabanó, rumbo a Cartagena de Indias, tras un rápido recorrido previo por el Valle de Güines y la Siénaga (*sic*). Es un relato ameno en donde vemos al viajero a bordo de una frágil y pequeña goleta navegando por entre los jardines y jardincillos pintorescos, y tomando notas y situando cabos y puertos mediante la observación de latitudes y longitudes geográficas. En la villa de Trinidad, a donde llega casi accidentalmente, es recibido y despedido triunfalmente, pues hasta allí había llegado la aureolada fama del sabio viajero que, a decir verdad, todavía no había publicado nada que pudiese justificar tales halos de gloria. Lo que conmueve en el relato de Humboldt, quien desde niño había leído en Campe la versión del *Descubrimiento de América* (1781) y los doce volúmenes de la *Pequeña Biblioteca Infantil* (1779-1784), es que durante la travesía va recordando sus lecturas históricas menores y mayores (crónicas de Indias) y localizando los puntos por donde navegaron Colón y Cortés, y hasta por donde anduvo el padre Las Casas.

44 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, p. 196.

Conclusión

Humboldt, que fue considerado por sus contemporáneos uno de los hombres más sabios de su tiempo, ha sido siempre presentado por sus exégetas y panegiristas como el científico puro y desinteresado que empleó generosamente su vida y sus bienes en beneficio de la pura ciencia. Nada puede objetarse a esta noble caracterización; pero no está por demás añadir que, aunque ajeno a cualquier descarada manipulación, impulso o proyección, fue un inconsciente instrumento de la penetración burguesa en la América hispana. El que haya aventurado su vida y consumido su hacienda en extraordinarias exploraciones y costosísimas ediciones de sus obras, no quita que haya estado al servicio de su tiempo, cuando se forjaba la consolidación de la clase capitalista burguesa y se manifestaba ya triunfante la revolución industrial, ávida de inversiones y de materias primas que consumir. El espíritu burgués ya triunfante buscaba inversiones fructíferas mediante la adquisición o explotación de nuevos territorios en los continentes aún vírgenes o en los todavía poco desarrollados. Desde este punto de vista las exploraciones americanistas del científico prusiano se pueden interpretar como la instrumentación provocadora del cambio y la culminación de un sueño tricentennial: el descubrimiento, ahora sí factible, del mundo iberoamericano que él se había encargado de descubrir.

Cuando Humboldt propuso su trabajo científico a la corona española, éste fue aceptado, aunque no sin cierto recelo. Los ilustrados españoles, animados también no sólo por el desarrollo de las artes y por el deseo de hacer marchar a España al ritmo de los tiempos nuevos o modernos, vieron con beneplácito el proyecto humboldtiano, porque complementaba sin costo alguno para el país los suyos propios, como lo prueban la renovación en casi todos los órdenes emprendida en España y en la América hispana, las tres expediciones botánicas y los cambios profundos en lo político, económico y cultural realizados en los reinos de ultramar. Hubo incluso en el viejo y anquilosado imperio español de fines del siglo XVIII un serio e incipiente intento de revolución industrial, que cuando ya estaba en camino del éxito fue parado en seco y aniquilado por la intervención francesa (1808). Al quedar en manos de Napoleón el centro rector del poder imperial, el imperio se disolvió y quedó franqueado el camino para la independencia y con ella la intervención e inversión imperialista en cada una de las partes fraccionadas e independientes,

e inclusive en Cuba, en donde la debilidad e incomprensión españolas ayudaron mucho a la ambiciosa amenaza del exterior.

Los filósofos y pensadores norteamericanos de los derechos naturales, Jefferson, J. Adams, Franklin, etcétera, creyeron con añorante fe de puritanos que a Estados Unidos correspondía la misión providencial de preservar, perfeccionar y fortalecer la democracia, la libertad y la aplicación de la doctrina de los derechos naturales a las tareas concretas de gobierno. La providencia divina y la clarividencia política de Jefferson veían en esta reserva luminosa norteamericana la posibilidad de que andando el tiempo y, por supuesto, en un plazo no muy largo “nuestra rápida multiplicación cubrirá todo el norte [...], si no es que también el sur del continente”.⁴⁵ Como se sabe, Jefferson en carta desde París (25 de enero de 1786) a su amigo Archibald Stuart expone:

nuestra Confederación debe ser vista como el nido desde el cual debe poblarse toda América, el norte y el sur. Debemos tener cuidado de no presionar demasiado pronto sobre los españoles por el propio interés de ese gran continente. Aquellos países no pueden estar en mejores manos que lo que están. Mi temor es que son demasiado débiles para sostenerse en tanto que nuestra población pueda ser lo suficientemente populosa para irlos ganando pieza a pieza.⁴⁶

Cuba fue desde un principio la más codiciada pieza; pero la fruta no estuvo lo suficientemente madura hasta 1898.

Entre tanto, el *Ensayo* cubano así como el novohispano y en general todas las obras americanistas de Humboldt, sirvieron a las mil maravillas para ir preparando con sus relevantes informaciones el vasto plan intervencionista norteamericano. La interesada invitación hecha por Jefferson a Humboldt para vacacionar en los Estados Unidos, así como su estancia en Monticello, sirvieron para que los norteamericanos supieran de Cuba, de México y de Sudamérica todo lo que quisieron saber, incluso los planes más secretos de defensa, además de mapas, planos y noticias exactas sobre el ejército y la marina españoles.

45 Juan A. Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, p. 130.

46 *Idem*.

El empleo de los datos de Humboldt por un informador de inteligencia estratégica militar como lo fue Joel Robert Poinsett para desgracia de México, tiene en cierto modo su réplica en la edición y notas a la traducción del *Ensayo* cubano realizada por Thrasher.

Se ha dicho que Humboldt mostró una marcada antipatía hacia los Estados Unidos; pero esto, si así ocurrió, sería a partir de la elección victoriosa presidencial del esclavista James Buchanan (1856) contra el antiesclavista John C. Frémont, que por este hecho tenía toda la simpatía del ya anciano barón, que por la década de los cincuenta se mostraba asaz desilusionado con la Confederación que él estimó en su juventud como el santuario de la libertad. Para 1854 se habían agudizado sus temores y le comentaba a su asesor literario Varnhagen que la libertad en Estados Unidos era tan sólo un mecanismo para lo útil; pero no era ennoblecedora y avivadora del intelecto y de los sentimientos, cual debía ser el objeto de la libertad política.⁴⁷ Empero antes de experimentar esta amargura y este desengaño, Humboldt mostró todo lo contrario. Durante su viaje americano únicamente estuvo en verdad contento y a sus anchas cuando pisó tierra estadounidense; no así cuando viajó por el vasto territorio del teocrático, tiránico y despótico imperio español y americano. Su modelo político fue Estados Unidos, la Confederación republicana, burguesa y liberal que emproaba hacia buen puerto la siempre enriscada nave del *self government*. La causa norteamericana fue su causa y por lo mismo nada tiene de extraño que proporcionase al gobierno norteamericano ciertos servicios tan importantes, que hasta el secretario de Guerra, John B. Floyd, estimaba que nunca los podrían olvidar.⁴⁸

El historiador Bancroft, que visitó a Humboldt en 1820 y 1848, amparará la expansión imperialista de su país invocando el consenso y aquiescencia de Humboldt: “A nadie he oído discutir los problemas de nuestras relaciones con México y Cuba con más calma y ponderación hacia nosotros y con más completá y perfecta apreciación de todos los factores circunstanciales, que acarrearían cualquier problema ulterior por nuestra parte”.⁴⁹

47 Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 75.

48 Helmut de Terra, *Humboldt. Su vida y su época: 1769-1859*, México, Grijalbo, 1956, p. 273.

49 Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 75.